

# ALGO MÁS QUE UN CUENTO

CARMEN SILVA



G. Gonzalo

## ÍNDICE

Las Claves del Éxito.....	4
Autopista.....	10
El Hombre Que Perdía Las Horas.....	14
La Encuesta.....	19
Cápsulas De Mar Y Silenciosa Encuesta.....	23
La Charca Del Pinar Grande.....	29
Probatio Diabólica.....	32
Las Dos Madres.....	37
El Bosque De Los Ausentes.....	42
El Vendedor De Sueños.....	45
Concierto Para Violines.....	51
El Gran Vómito.....	59
El Traslado.....	64
La Muerta Rebelde.....	69
Michelines.....	75
Vivir.....	77
Un Suicida Sin Importancia.....	81
Historia De Meigas.....	89

El Futuro de las Torrijas .....	93
El Cesto De Los Pecados.....	94
El Trío .....	99
Rosa Y Yo .....	102
La Quinta Columna.....	108
Lola.....	116
Mis Cenizas No Tienen Corazón .....	120
Yo Pienso, Tú Piensas, Él Piensa.....	127
No Todos Los Ombligos Son Redondos.....	130

## LAS CLAVES DEL ÉXITO PREMIO CLARÍN 2003

A pesar de sus insolencias, aquel editor fue sincero conmigo. El señor Mora, de Ediciones Mora, me llamó por teléfono, me citó, me hizo pasar a su despacho y me desveló las claves del éxito.

“Matemáticamente es imposible que usted triunfe en la literatura. Le faltan los principales factores para ello” —lo dijo con la misma naturalidad con que se dan los buenos días.

—Tengo títulos y profesionalidad más que suficientes para avalar mi prestigio, y mi calidad literaria —afirmé ofendido con la impertinencia.

—Desde luego —comentó sin inmutarse y en tono despectivo continuó—. ¿Piensa acaso que no he leído su brillante currículum? catedrático, conferenciante, director de cursos de verano, políglota, doctor con la tesis doctoral sobre la poesía de Tristán Tzara..., —sonrió enigmático y continuó con sorna —A Tzara, como a Bretón, se los conoce más por sus manifiestos políticos, que por su poesía, por esa razón he juzgado un desacierto profundizar en los poemas del padre del dadaísmo, en lugar de hacerlo magnificando su condición de judío y de comunista.

—Tal vez sea cierto lo que dice —admití sin convicción alguna—, pero mi tesis fue muy celebrada por los doctores que me juzgaron. Me calificaron como magna cum laude.

—Su novela es interesante, está muy bien escrita y podría ser un récord de ventas —continuó hablando sin hacerse eco de mi comentario—. Muy interesante —insistió antes de activar la bomba que quería lanzarme—. Pero tengo que devolvérsela —continuó—, porque su persona no está a la altura de su ingenio literario. No vende. Usted no ha salido nunca en la portada de Pronto, ni en la de Diez Minutos, ni es el ex de ninguna famosa, ni un cura salido del armario. Si al menos se declarara antifranquista o hubiera estado en la cárcel durante la época de la dictadura podría hacer algo por usted. Pero, sin ser nada. Yo soy un empresario que expone su dinero y quiero asegurarme de antemano que voy a multiplicarlo. ¿Acaso cree que puedo gastarme miles de euros en publicidad para decir que es usted un magnífico catedrático de literatura que vive con la misma mujer con la que se casó hace veinte años y que no corrió nunca delante de los grises? Créame, señor, en el mundo de los negocios eso es imposible. Su novela es buena, tiene incluso partes que parecen escritas por una persona de izquierdas.

—Yo soy de izquierdas —protesté con energía recordando que en las primeras elecciones democráticas voté al viejo profesor.

—Pero no lo parece.

Entonces vino a mi memoria la historia de mi cuñado izquierdista de pro, hijo de brigadista que soñaba con brindar con cava a la muerte de Franco. Cuando subió al poder Felipe González sintió un placer algo light porque él esperaba el ascenso del comunismo. En Televisión

Española donde trabajaba, como un magnífico profesional, en lugar de ascenderle con la llegada de los suyos, lo marginaron poniendo por encima de él a unos cuantos descamisados con chupa de cuero que gritaban mucho. Todo, porque parecía de derechas, porque jamás abandonó la corbata y las buenas formas, su mujer era preciosa, se maquillaba y usaba tacones de aguja...— Yo seguía pensando en este despropósito cuando escuché:

—Usted no quiere entenderme. En esta sociedad en que vivimos se puede ser burgués, culto, refinado y hasta de derechas pero hay que ser basculante, inclinarse hacia el lado que más conviene. Fíjese en el ejemplo de Pío Moa, un hombre del Grapo que ha estado en la cárcel y que ahora escribe la verdad histórica sin obedecer consignas de partido. Eso es ser un gran escritor basculante. Y además su libro está bien escrito. Podría citarle muchos casos de escritores que sirvieron a la derecha y se declaran de izquierdas, o el caso contrario miembros del Partido Comunista que hoy defienden a la iglesia y dicen votar al PP.

No supe qué decir. Tenía la mirada fija en mi novela que reposaba sobre la mesa. Recordé los días y las noches vividos entre papeles, los viajes realizados por El Cairo y Malasia para documentar mejor la acción de sus protagonistas, los meses que me fingí neurótico para estudiar a fondo las reacciones de estos desde el otro lado de la mesa del psiquiatra.

—Entonces... ¿La desestima? — Pregunté con la afirmación silbándome en el oído.

El editor se quedó pensativo. Al cabo de un rato continuó. —Quizá si pensásemos una buena estrategia y la contara usted en la prensa. Yo observaría las reacciones, la polémica y después en el momento coyuntural ¡Zas! la novela.

—¿Qué puedo hacer? —indagué todavía resignado al sometimiento.

—Tal vez podría vindicar algunos huesos enterrados en alguna parte como los de un antepasado suyo sacrificado de forma ignominiosa.

—Lo siento, señor, pero mi familia está toda enterrada cristianamente en un panteón de mi propiedad —aseveré con dignidad.

—Por favor, colabore. Yo quiero publicar su libro, pero necesito apoyarme en algo. Si fuera mujer y de buen ver le aconsejaría un desnudo, pero usted —me miró despectivo y sentenció— con esa barriga, con esa calva y con... ¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y siete.

—¿Lo ve? Todo lo tiene en su contra.

—Tal vez si violase a una alumna menor o se escapase con ella.

—Me está ofendiendo —me defendí.

—Se da cuenta como no me entiende. Yo no digo que lo haga sino que lo simule.

—¿Un montaje?

—Algo así.

—Pero para eso tendría que estar de acuerdo la parte contraria.

—Cuatro euros. Le aseguro que con tal de salir en la prensa tendría muchas dispuestas a ello, y no digamos si salen en la televisión.

—No puedo. No puedo hacerlo. Perdería mi cátedra y mi prestigio.

—A cambio de un best-seller.

—Le aseguro que no puedo. Lo que me propone es superior a mi deseo de ser escritor reconocido. Si tengo que decidir por algo —dije con sorna— prefiero que me sodomicen.

—Pero eso no tiene interés alguno —comentó el editor haciendo caso omiso a mi ironía al menos que el ‘dante’ o el ‘tomante’ sean figuras estelares: un ministro, un secretario de estado, un presentador famoso o un cantante de Operación Triunfo.

—¿Le gustaría mirar en mi banco de datos a lo que están dispuestos otros con tal de publicar sus obras? —tecleó en el ordenador y me mostró una enorme lista de nombres.

Mire. Todos estos son escritores en espera de una coyuntura favorable. A éste, señaló un nombre matizado con letra azul, pronto le publicaremos. Ha matado a su mujer y nos manda sus escritos desde la cárcel. Remordimientos desde una celda, titula su novela.

—Está arrepentido.

—Ni mucho menos. Está feliz. Dentro de diez años saldrá a la calle. Entonces será un hombre rico y popular. Comenzará una vida nueva y habrá logrado sus objetivos —tecleó de nuevo.

—¿Quiere que le incluya en el banco de datos?

Dudé unos segundos y afirmé —Nada pierdo con ello.

—Vamos a rellenar algunos detalles.

—Nombre y apellidos.

—Adriano Ramírez Puente.

—Edad.

—Cincuenta y siete años

—¿Es homosexual?

—No

—Antifranquista

—Tampoco

—¿Ha estado en la cárcel?

—Nunca.

—¿Va a las manifestaciones?

—Jamás

Que poco porvenir tiene —comentó entre dientes., y continuó —¿Conoce a famosos?

—Sí.

El editor se cortó en sus preguntas. —Hombre esto puede ser interesante ¿A quién conoce?

—Al rector de la Universidad, a varios filósofos e incluso a un premio Nobel de física que está emparentado con una sobrina mía.

Mi interlocutor sonrió. Esos no son famosos, yo me refiero a los Janeiro, a Antonio Da, a Marujita, a Dinio, a la Berrocal, gente que venda.— se quedó callado y disparó a bocajarro.

—Como escritor con su nombre no puedo ofrecerle nada, pero... ¿Estaría usted dispuesto a hacer de negro? Puedo asegurarle que se paga muy bien.

Observó mi indignación y continuó sin hacer aprecio de ella.

—Nuestra línea editorial se precia de no bajar el listón de calidad. Comprenderá que si dejáramos que escribieran de verdad todos los personajes que venden, las lecturas serían de ínfima calidad, por esa razón contratamos para hacerlo a personas como usted que saben escribir.

Me levanté sin dar explicaciones, me produjo repugnancia tenderle la mano pero lo hice. Al menos aquel editor había sido sincero.

Las clases en la universidad comenzaban dos horas más tarde de aquella extraña entrevista, y decidí caminar. Esa tarde debía exponer en clase la vida y la obra de Mariano José de Larra. No sé por qué razón comencé a rememorar el célebre artículo de “El día de los difuntos de 1836”. Le faltaban meses para el suicidio, tal vez por eso reconocía nichos en todas las casas y muertos en todos los viandantes. Madrid era un inmenso cementerio con muertos, que como yo ahora, transitaban por callejones taponados con máscaras que impedían las salidas. Laberintos irresolubles con una sola escapatoria: el cielo grisáceo que los cubría. Pronto comenzarían también a poner ladrillos en ese cielo para sepultar los últimos pensamientos ¿Qué escribiría el inefable Figaro de todo esto? Su sociedad, aquella sociedad que satirizó porque no le gustaba era mejor, mucho mejor que ésta. Él no podía cambiar el mundo, pero podía escribir, expresar su dolor. Yo, si quería hacerlo, tenía antes que buscar una estrategia comercial basada en el escándalo. Las personas normales no teníamos cabida en la sociedad del triunfo. Me sedujo la idea del análisis de la normalidad. Tal vez sobre ella se podría escribir un apasionante tratado filosófico. ¿Será la norma un sinónimo de la vulgaridad? ¿Seremos los llamados normales, virus infecciosos que corroemos las artes y las letras si conseguimos penetrar en ellas?

Cuando llegué a la universidad, antes de incorporarme a mi clase, me lavé la cara para despejarme. Tenía que alejar de mí el olor a muerto. La sensación de fracaso coronaba mi frente, la humillación se dejaba ver en los pliegues ocultos de mis párpados.

—Mariano José de Larra fue un adelantado a su tiempo que se quitó la vida porque no compartía las opiniones de la sociedad en la que vivía —dije al iniciar mi clase.

— Se quitó la vida porque lo dejó Dolores Armijo. —comentó una alumna.

— Que pobre visión tiene usted de Figaro —le respondí.

.....

Un año después de mi desoladora entrevista con el editor recibí una llamada telefónica.

—¿Don Adriano Ramírez? —preguntaron con un tono poco común.

—Soy yo—respondí intentando reconocer la voz—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Ernesto Mora, de Ediciones Mora. ¿Se acuerda de mí?

—Por supuesto —respondí—. Cómo olvidar tan emotiva conversación —ironicé.

—Ya sé que nuestra despedida no fue demasiado afectuosa, y que tal vez usted no esperara volver a tener noticias mías, pero ha surgido una oportunidad de oro.

—Explíqueme.

—Tal vez sería mejor hablarlo personalmente.

Pensé en otra mañana perdida, en una nueva desolación tras sus palabras. Me había costado mucho trabajo regresar al mundo de la rutina, al de la docencia responsable sin ánimo de triunfos. No quería publicar con las directrices de una sociedad dominada por el dinero y la inmundicia en la que no se permitía la entrada a nadie si el pasaporte no cumplía unos determinados requisitos. Una sociedad en la que los valores éticos estaban en consonancia con la alternancia de la política.

—¿Me escucha señor Ramírez? —preguntó el editor cortando mi silencio.

—Le escucho —respondí—.

—Entonces marcamos día y hora para la cita.

Consulté mi calendario de exámenes, apenas si tenía días libres —Prefiero un adelanto telefónico —manifesté.

El editor carraspeó, algo difícil se deglutía en su garganta antes de lanzarlo al exterior.

—Verá, señor, repito que su novela es lo mejor que tengo en mis archivos. En los míos, y estoy seguro que en los de muchos editores, digna, dignísima de lo que voy a proponerle.

Comenzaba a cansarme con tantos preámbulos e insistí. —Diga ya lo que sea.

—Pues verá, —titubeó de nuevo—, un conocido empresario, que estoy seguro que usted conocería, si le dijera el nombre, ha decidido seguir los consejos de su asesor publicitario y convertirse en mecenas de las letras creando un premio importantísimo en cuanto a dotación económica, y desea para prestigiarlo que el primer premiado tenga una alta calidad literaria. Por eso hemos pensado que su novela podría ser la ganadora. Ya ve que no le estoy ofreciendo ningún escándalo.

El corazón me comenzó a latir con fuerza. Me estaban proponiendo ganar un premio sin presentarme al concurso, conseguir la fama y embolsarme una sustanciosa cantidad de euros.

—¿A cambio de qué?— pregunté antes de recuperar las ilusiones.

—A cambio de no cobrar el dinero del premio y simular que lo cobra. Esta sería la aportación para el jurado que le concede el galardón. Bueno, los derechos de autor de las tres primeras ediciones tampoco los cobraría, se consideran pagados con el importe del premio.

— ¡Pero si no lo cobro!

— Pero yo tengo que asegurarme unos beneficios. ¿Acepta? —inquirió.

Estuve a punto de decir que sí, eran tantas las ganas que tenía de ver mi libro en los escaparates de las librerías, pero no lo hice. Pretexté falta de tiempo y prometí tenerle al corriente de mis decisiones. Después colgué el teléfono.

Me situé frente al espejo del cuarto de baño, fijos los ojos en un punto indeterminado y permanecí en espera de la respuesta.

Fígaro me miraba desde el fondo del azogue. Sus ojos siempre tristes se iluminaron con el color del triunfo. Y me explicaba la razón de su presencia: —Ya lo dije en mi artículo “El café” No sé en qué consiste que soy naturalmente curioso. Es un deseo de saberlo todo que nació



conmigo, que siento bullir en todas mis venas y que me obliga más de cuatro veces al día a meterme en rincones excusados para escuchar.

Su bigote, su perilla y su pelo hueco se erizaban al descerrajarse un disparo en la sien.

– ¡No te vayas! – le grité antes de que cayera.

Su mano traspasó el cristal y me tendió el revólver.

## AUTOPISTA

Los verano de mi pueblo huelen a toronja y romero fresco.

En la mesa de piedra del patio de la parra, el café con leche de mi desayuno se enfría a pesar del calor asfixiante que anuncia la mañana de un estío andaluz. La torta de aceite y ajonjolí se desmiga entre mis dedos acunada por un pensamiento de nostalgia.

Una vida me ha costado poder escuchar el goteo del agua de la fuente en el silencio, disfrutar del frescor balanceante del columpio bajo el árbol de sombra de la esquina. Su tronco alimentado con penumbras tierra y arco iris ha soportado mi indiferencia y las columnas de hormigas viandantes por las carreteras de su cuerpo, sin que yo lo mirase hasta hoy, que lo hago porque me invade la tristeza.

Saturados de ausencia veo los racimos de la parra en sazón jugando al aligüí frente a mis labios. Allí estuvieron siempre ante mis párpados repletos de sombras y desprecio. Mis oídos no escucharon jamás la canción del viento compañera invisible de las incógnitas.

Una cigüeña alcanza el nido de la torre de la iglesia de Santa María. La veo y me pregunto: ¿Cómo pudo anidar en un lugar tan inhóspito para las zancudas? El hogar de las aves se asienta en un picacho de la torre; la superficie de la base es menor a la superficie de la cúspide de ramas y barro desde donde los polluelos asoman sus cabezas despobladas de plumas y me lanzan un reproche idéntico al que continuamente me someten la cerca de mi huerto, el peral, el pozo, la alberca y el gallinero.

Ellos son el tribunal popular que juzgará mis actos.

La mañana avanza. Las viñas y los girasoles, algo alejados del lugar donde se dictará sentencia, le encargan a una pequeña brisa, que aún circula por la calurosa mañana, que presente un precipitado recurso de apelación que salve sus vidas.

Nadie los escucha.

El dinero de plástico no tintinea en el bolsillo de mi delantal, ni en los oídos sordos a las nostalgias y las tradiciones. Oculto entre fondos de inversión, cuentas corrientes y planes de futuro de un banco capitalino se mofa de los sueños.

Los transportistas que vacían mi hogar de reliquias y añoranzas, al llegar a la calle de Rosario Vázquez, nombre de la que fuera gloria literaria y excelsa poetisa del siglo XIX, nacida y venerada en el pueblo, y sometida también a la pérdida de su dominio, dejan en el suelo sus cestos y esperan.

No sé lo que esperan, tal vez, a que mi memoria desgrane unos versos que me legó mi abuela en papel amarillento y que ahora cuentan con más de un siglo de existencia. No soy capaz de recordarlos.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

